

El sentimiento que te di

NARRATIVA

© Alfonso Alcalde 1972
Inscripción N° 40874
Ediciones Universitarias de Valparaíso
Derechos Reservados
Edición de 4.000 ejemplares

Diseño Gráfico: Cristián Rodríguez G.
Dibujo Portada: Carlos Freire

Impreso en los Talleres de Imprenta Gutenberg
San Diego 180 - Fono 89522 - Santiago-Chile

**EL SENTIMIENTO
QUE TE DI**

Alfonso Alcalde



EDICIONES UNIVERSITARIAS DE VALPARAISO
UNIVERSIDAD CATOLICA DE VALPARAISO

UN VALS DEL ADIOS

La gaviota encendió la periferia del ala derecha, los palillos plateados espinando el aire húmedo, como de hacer la otra columna para irse al vuelo y bajo quedó Torro como si fuera en silencio. La tierra un costado y el mar al otro, corriendo en las calles, chirreando, corriendo, los brazos, los brazos del ferrocarril.

Un solo golpe de viento levanta el polvo, el viento más alto del viento levanta el polvo, el viento levanta en la cuspide del cielo. De lejos, el viento levanta engañado el paisaje, el paisaje levanta, el viento levanta por ningún motivo en el viento, el viento levanta ya rodaba otra vez al viento, el viento levanta la plaza.

La gaviota para levantar el viento, el viento levanta

La gaviota encendió la turbina del ala derecha, los palillos plateados aspirando el aire turbulento antes de hacer la otra conexión para iniciar el vuelo y abajo quedó Tomé como si fuera un abanico: la tierra en un costado y el mar al otro extremo; se inclinan las calles, chimeneas, cerros, las líneas estrechas encimadas del ferrocarril.

Un solo golpe de timón bastaba para que el caserío más alto del cerro Navidad comenzara a tambalear en la cúspide del cielo. No había duda de que alguien empujaba el paisaje guardabajo. Nada duraría por ningún motivo en su sitio y a la vuelta siguiente ya rodaba otra vez el tumulto de colores sobre la plaza.

La gaviota gira buscando el alimento bajando

de un piso a otro. Está cerca de la caleta Los Bagres, aterriza en la arena, tiene un poco de oro en el lomo, agoniza el pescado y por el ojo de vidrio la gaviota mirará el fondo del mundo. Es rojo el escenario, la red de las escamas del buque, compacto el nutrido golpe de sangre fría que la espuma baña a esa hora. Comiendo graznó, aulló zarandeando el resto de la cabeza de la víctima en su entrega final entre el crujido de las olas de fierro, el aluminio bajo y la reducida agitación de los techos rojo calamina.

A pocos metros de distancia el perro pone en movimiento su repertorio. Según el programa oficial, declara su profesión con diploma y amplio porvenir pecuniario. Sin duda dos-tres hijos con rostros de manzana, varios pares de zapatos por temporada. "Señor perro, abogado, atiende...", y la novia dejando la iglesia, cae arroz, ¡vivas!, acuden los perros del sector. La gaviota sorprende al galán de turno, llegó de repente en formación colgando desde el este, blanco jaspeado, un metro noventa de estatura, seguro de su empresa, apenas un leve cambio de palabras, el rudimentario amor, repetirán después tomados de la mano cuando se encumbren persiguiéndose sobre el cielo. Los botes se costalean, alguna red soplada al revés, síntomas y huellas de sierras hilando el mar, rayándolo. Sólo los dos enemigos como la parte integral de una escuadrilla, ninguna palabra a la redonda, siquiera en el oído la descarga de un verbo nuevo que despierta la oportunidad para sacar el tren de aterrizaje y luego entre las piedras de Las Loberas sentir el ridículo peso con alguna música de fondo. El tijeral de las alas; así estaba dispuesto. Por su cabeza pasaban ciertos estallidos, una carrera

súbita, el borrador de una idea, sólo órdenes concretas: manténgase en cinco mil pies, busque la pista de alternativa, no habrá un beso, cambio, una gaviota desnuda es una locura, cambio, temperatura del momento.

El perro ronda la novia; le cuenta la historia en colores cuando escaló el Himalaya. Por los gestos, pierna arriba, el que sabe sabe, ella como que barre y sale a mirar el mar, indiferente ante la sorpresa de la gaviota, sólo mueve la cola. Caminan del brazo, el letrero dice: "Hotel", pide autorización para descender doscientos metros, cambio. Anotan sus nombres en el libro, entre los vidrios, ella deja su cartera en el velador, fumará, pedirá un trago fuerte, pueden sacarse la ropa a oscuras, pero en la arena es distinto. La gaviota no puede contener la risa, el esfuerzo del galán como si la estuviera estrangulando, la dificultad en el trabajo, algunos niños miran, no es de su incumbencia, el perro la zamarrea, le dan deseos de llevársela para su casa, saca la lengua jadeante, y otra vuelta, cambio, inútil resistencia, emperifollados, dale que dale como si no tuviera otra cosa que hacer, sobran las palabras, colige la gaviota.

El perro piensa en el compromiso bancario que se le vence mañana, es la cuota del traje, anota en la libreta, tanta confusión doméstica, tomar el desayuno con el diario atravesado, ¿y para qué le servirá el serrucho?, la carga se arregla en el camino, es cuento viejo, argumenta ella, mostrándole el mantel recién bordado. Huele a jabón el pañuelo y al aire del momento. El matrimonio de los perros huyendo cada uno para su lado, son enemigos, concluye la gaviota, el último es ladrón de gallinas, parece que no se

habían presentado. Mañana te llamo, le dice el galán cuando salga de la trampa en ascenso, trescientos pies, cambio autorizado, me dirijo a Pingerales, el sol cae de soslayo contra el gramófono. Cerca de los acantilados el galán revisa su selección de discos. La orquesta está pronta y la mujer sobre la arena, en bandeja desnuda con los fulgores del sol sobre los divididos pechos tremolantes. El microsurco ordena la posibilidad de la posesión, sí, no, cambio, la gaviota resbala sobre el absurdo paso de comedia, el galán elabora el aria con el do inflado de pecho sostenido mayor, ella llora en cuclillas, cambio. Me vengaré, dice, luego la ternura de la faz 2 del disco número 47 que dice: "Serás mía, serás mía, etc.", más cuerda, cambio, ella retrocede moviendo las velocidades, nuevo discurso, ordena el ataque, la mujer levanta la bandera de la rendición según determina el libreto, por fin solos, anota la gaviota, dulces enemigos, fantasmas granulados batidos como es lógico por el deseo, abran cancha, se apoyan ahora en las mutuas columnas, es cuento viejo, repite ella bajando las pestañas, alguien podría fotografiar esta cópula de ahorcados y jinetes vengativos, sin contornos, es como un asalto, no se escuchan los disparos, sólo la pólvora dispersa, qué necesidad tienen, comenta la gaviota, cambio, torre de control, de estrangularla en esa forma, sale humo de las nalgas, parece que estuvieran proyectando una película, todo se mueve a saltitos, desde el fondo de los sexos surgen llamas, corren chispas, pasa la locomotora por la columna, ninguno de los dos pide auxilio, al contrario. Aparece el mar, sombrero caído al ojo, la curiosidad hace sonar sus aguas verticales, está al rojo la sartén del universo,

aceite y agua hirviendo, el hombre y la mujer con la lengua y los cuchillos en alto, cambio. En estos momentos, confirma el locutor, el galán se pone los pantalones. Faltan escasos minutos para que termine el partido. El público aplaude de pie. Vivimos momentos dramáticos y la barra enciende antorchas, dice que perderá el tren, se le ha hecho tarde con tanta maniobra, consulta su horóscopo, pero te amo, etc., el disco N° 59 está en su apogeo, perfecto, llanto de fondo, y la mujer teje que te teje, toma asiento en la punta de la silla. El dormitorio disperso, es decir, el campo de batalla, linda, imagínate tú. Confirmado: la mujer recoge sus prendas íntimas. La maquinaria ya rindió sus frutos, ahora resuella satisfecha, tarea, agita la mano para saludar, el brinco de la gaviota que otra vez apura su tijera como un espasmo del aire y corta la turbulencia del viento en la noche sin fuego.

Cuando llegó el momento de ingresar al asilo, la gaviota no quiso firmar la notificación. Eran unos parientes píos que deseaban internarla, ubicarla en una silla de ruedas, los domingos visita de los sobrinos, algún libro blanco, prepararse para morir sola sin ese ruido de las turbinas imitando el vals "Sobre las olas".

Rechazó el bastón blanco de los ciegos aunque parecieran ridículos el burdo remiendo que le había hecho en las alas, los parches en el resto del cuerpo y los anteojos que le colgaban hechos trizas y el amplio traje prestado del difunto, porque aún podía remontarse, cambio, con esos achaques propios de la última edad, mirar por último el perro pegado otra vez con cola de carpintero y la pareja de turno cla-

vada por dictamen del deseo original mientras el cineasta le daba vueltas a la manivela, la vista borrando el claroscuro del mar. Llegan fantasmas, la muerte es lo que les pone ruedas a las olas del viento que acompaña al cortejo. La cruz anuncia que el difunto se llama Alfonso Mora. No se le veían aún las alas, esa predisposición para levantar el vuelo, tomar carrera en el cabezal, calentar los motores, pedir el pase correspondiente a la torre de control, agitar las alas, encasquetarse el cuerpo de una gaviota y partir. Inclinarsé dos veces a la izquierda en señal de despedida póstuma y luego enfilar la proa y dejar caer el lastre, todos los recuerdos, algunos olvidos imprescindibles y hundirse por fin casi en la oscuridad, doblar el timón para acercarnos al mar, rozar las olas y ser la misma espuma entre sus rúmulas como tremendas campanas que no conocen sosiego, sin permitir siquiera que el océano vaya a cambiar su volumen o bien de altura o bien de peso.

EL SENTIMIENTO QUE TE DI

CHASCABRO

El jinete galopa brioso. Debajo de su cabalgadura el perro se queja:

—No vaya tan rápido que llevo el corazón en la boca—. Sorprendidos, jinete y caballo apuran la marcha hasta perder de vista el perro parlanchín. Seguros de haberlo dejado en el camino, el caballo dice:

—El medio susto que nos dio cuando escuchamos hablar al perro.

CHASCARRO

PRIMERA PARTE

El animal estaba plantado en la esquina con la neblina sobre el lomo y alrededor de las orejas recordando que faltaban doscientos metros, cuando se planta en seco y pierde la carrera. Arriba el monigote del jinete se retuerce con su látigo y le sale espuma por la boca. El caballo ríe a mandíbula batiendo hasta el extremo de lanzarlo al suelo antes de regresar al pesaje. De fondo quedan los aullidos domingueros de la multitud del Club Hípico. Dejaron de darle el terrón de azúcar del triunfo, sólo una mutua sorpresa y la venganza por los ojos del propietario y el preparador. La teoría indicaba que sólo era necesario la porción de avena, medio kilo de

zanahoria y pasto verde y los ejercicios de entrenamiento y luego el clásico de los 1.500 metros era grito y plata, pero el caballo se paró en seco. Había visto la película inglesa antes de esa tarde en que se le ocurrió tomar el ascensor pidiendo que lo llevaran hasta el décimo piso del Ministerio de Educación. El atleta desprendido del grupo se acercaba a la meta. No por puro gusto. El preparador entendió que nada era tan simple; el caballo debía ordenar a la sala de máquinas que apretaran el acelerador a fondo y las bielas se volverían locas dando vueltas empujando. Estaban de por medio los últimos sentimientos antes que los hechos consumados. No importa que la multitud haga bocina con las manos para protestar desde las galerías y después los boletos caen mordidos con ira. Todo había sido una sucesión de equívocos desde el momento en que el caballo se negó a tomar el hábito fatalista que le había otorgado el destino. La mosca es una mosca, dijo para justificarse mirando con indiferencia al insecto que lo provocaba recorriéndole el lomo. Pero desde el primer momento cuando empezaron a armarlo y le pusieron las cuatro patas y el uniforme alazán y la cola movable que llevaría el resto de su vida, sin pérdida de tiempo empezó a organizar la fuga de esa cárcel estable, el cuero, la estantería, el rápido juego del motor, el circuito de la sangre, el frontón de los dientes, la lija de la lengua. "Para tomar conocimiento y conciencia de mi propia condición de caballo debo someterme a todas las pruebas", concluyó aquella tarde al llegar hasta la Iglesia de los Capuchinos pidiendo un dormitorio, una mesa, papel y lápiz, una cama, la jarra y un vaso de agua para dedicarse a la meditación.

Vio la cruz (su propio calvario) en demanda del disco: una aureola fija en el aire sin sentido y donde el uniforme, en última y primera instancia sólo lo arrojaba a otro punto de partida, pero donde continuaba siendo caballo con el mismo intolerable uniforme. Si recorría el derrotero al revés, también el otro extremo terminaba en el mismo animal, sólo con la variante que aparecía cambiando de lugar la sombra, la intención de los ojos y la velocidad de las patas. El conflicto se inició cuando los comisarios dejaron constancia de la queja de los otros jinetes, asegurando que Humoso en plena curva los llenaba de imprecaciones. ¡Brutos!, les decía, ¡miren cómo hacen el ridículo, matungos! y luego les arrojaba un anticipo de la derrota.

Días antes del remate lo caparon, tal vez sólo por venganza. Ver en ese balde el residuo de su familia: los dos hijos que había imaginado estudiando en los Padres Franceses, le cerró la última puerta; y cuando pasaba cerca de las yeguas ya no las olía en el aire o saludaba en forma provocativa insinuando una invitación con una actitud ausente. Sólo ese sardónico ajetreteo de empujar la carretela repartiendo el pan con las orejas abriéndole el callejón de la luz, mirando la colección de zapatos en la calle, flaco, envejecido, desganado. Dormía de pie, añorando la payasa de los buenos cuando disputaba los clásicos. La jornada se iniciaba a las cinco de la mañana, chascón y malhumorado siempre con el sueño a medio trajinar como si anduviera buscando en forma desesperada el nuevo disfraz, pero nada. Apenas ese aroma fresco del pan como única comunicación con el resto de los humanos.

—Por fin, compadre, dijo uno de los propietarios.

—Parece mentira, agregó el otro amigo recorriendo el caballo.

—Está completito, confesó orgulloso.

—¿Cuántos años le echa usted?

—¿Así como se ve? Sus ocho. Todavía tiene para largo, creo yo.

—¡Y pensar que empezamos con un canasto!

—¿Cómo que con un canasto? No se acuerda bien; empezamos con nada. Con las puras patas y el buche.

—Cierto. El canasto lo compramos después cuando ya nos fuimos pa arriba.

—¿No ve? Y del canasto pasamos al carrito.

—Nosotros no más sabemos lo que nos costó, dijo el que estaba más contento con la compra.

—Y pensar que nos demoramos cinco años en juntar las platas para hacernos del animal, dijo uno dirigiéndose al caballo.

—¡Cinco años! confirmó el otro, todavía incrédulo.

—¿Me permiten?, interrumpió el caballo haciendo un gesto con las patas, como queriendo asegurar que iba a hablar corto.

—Puedes decir lo que quieras, casi le contestaron a coro los nuevos propietarios.

—Es mejor que me devuelvan.

Los dueños se miraron sin entender.

—No quiero causarles dolores de cabeza, sentenció el caballo ampliando su confesión. Yo estoy liquidado. Ya está bueno.

—Pero nosotros no tenemos la culpa, argumentaron los dos hombres tratando de entender la situación.

Te compramos por bueno y con los dientes sanos.

—¡Ah! dijo el caballo con tono amargo—, pero no miraron lo único que tenían que ver.

—Este gallo debe ser tonto de la cabeza—, aseguró el más resuelto de los compradores.

—No sé, ya les advertí. Y no respondo—, dijo levantando la pata, sentenciosa.

Los compradores se empezaron a desorientar.

—Espera un momento, suplicaron. Vamos a conversar con el amigo la cuestión y volvemos. El caballo se puso de espalda para dejarse envolver otra vez por la suave neblina sin movimiento que llevaba encima. Regresaron ruidosamente.

—Hable usted compadre, dijo uno de los dueños.

—¿Que no quedamos que usted le iba a dirigir la palabra?

—¿La palabra?, preguntó con tono sorprendido el que estaba a su lado derecho.

—¿O es que tiene miedo?, provocó uno de los propietarios con tono desafiante.

El animal los miró con el rostro vacío.

—Oiga amigo, dijo el más atrevido. Perdone, agregó, pero la vida parece que lo tiene por cuerdas.

—Así es, confirmó el aludido poniendo cara de inteligente y cansada.

—Si lo que pasa, confesó por fin, es que yo nunca he sido caballo.

—No te dije, manifestó el otro abriendo los ojos para aumentar su sorpresa—, a lo mejor nos metieron gato por liebre.

—¿Cómo, cómo?, preguntaron los hombrecitos esperando una confirmación.

—Es que ustedes—, repitió el caballo—, se pe-

garon el ensarte.

—No puede ser, dijo el co-dueño recorriéndolo de nuevo. Por lo menos por fuera está completo. Es caballo.

—Eso es lo que ustedes creen—, argumentó el animal.

—¿Y con este gallo tan complicado vamos a tener que ponerle el hombro?, preguntó uno de los dos.

—¿O te la querís dar de artista con nosotros?

—¿Entonces es cierto que fuiste de carrera?— concluyó el segundo.

—Claro, replicó el caballo; con auto y chofer a la puerta.

—Pero eso ya pasó, gancho. ¿Y sabís qué más?, si te retacai con nosotros, es mejor que lo pensís dos veces.

El caballo trató de resumir su tragedia: —Estoy en crisis— dijo.

—¿En crisis?— corearon los hombrecitos. —Estai pidiendo por abajo, agregó el más experimentado, pero sin rencor.

—Pégate la explicada por lo menos, dijo el que sostenía la botella.

—Dejé de creer, afirmó el caballo con lentitud. Perdí la fe. ¿Me entienden?

—¿Y pa qué querís la fe, cara de corneta?, si lo único que necesitai es ñeque pa empujar la carreta.

El caballo se sintió más incomprendido que nunca. Después recapacitó con voz opaca. —Para poner un ejemplo: ¿Ustedes creen en alguna cosa? La pregunta pareció sorprenderlos.

—¿En qué creímos nosotros?— se preguntaron uno al otro, mirándose con preocupación.

Se rieron terminando por pegarse algunos palmotazos.

—Fíjate que nunca... Uno paró en seco la conclusión. ¿En qué voy a creer yo?: ¡en mi compadre!

—La verdad nomás está diciendo, dijo el aludido. Y yo, ¿en quién voy a creer?: ¡en mi compadre! ¡Je!

El caballo aumentó su tristeza mientras la neblina seguía revoloteando a su alrededor.

—Y nosotros dos, aseguró el más optimista de los borrachos, creímos en tí, pues gancho, por eso te incorporamos a la familia. Soi casi como cuñado pa nosotros.

—Pero como caballo, alegó el afectado.

—Claro, dijo el que estaba más cerca del animal. Pero con sentimiento, con el mismo sentimiento de la persona.

—¿Cómo estuve?, preguntó con cierto orgullo el que había pronunciado la última frase.

—Del uno, contestó el más tímido. Yo en ese sentido, agregé, nunca le he hecho la diferencia, no le ando poniendo sobrenombre a las cosas. Ese es mi pensamiento— dijo, palmoteando al caballo.

—Es grande usted compadre, reconoció el otro socio.

El caballo exigió que lo dejaran meditar unos momentos. Parecía apabullado por los argumentos.

Insistió:

—Pero lo malo es que yo no quiero trabajar más, metido dentro de este uniforme de caballo.

—Ah, ganchito, contestaron a coro los compradores. El trabajo es obligatorio. Nosotros no nacimos caballo pero le hacemos el empeño.

—¿O querís que nosotros tiremos la carretela?

—Eso no, aclaró el caballo. Pero yo no trabajo y punto.

—¿Y por qué no le dijiste eso mismo a tu antiguo dueño?, preguntó el más desmoralizado de los propietarios.

—Es que ese gallo era duro en entendedera; no quería entrar en razones. Y estaba metalizado. Si se lo pasaba contando las lucas de atrás pa adelante y de adelante pa atrás. Ustedes son otra cosa.

—Y por eso mismo abusai de nosotros que somos comprensistos. Pero aquí la cuestión es muy clara: o le ponís el hombro o te vai de charqui.

El caballo respondió de inmediato: —de charqui dijo, en el colmo de la porfía. Si me ponen en el dilema me voy de charqui; no me importa porque no le tengo miedo a la pelada.

—¿Pero qué culpa tenemos nosotros?, contestó el más comprensivo de los compadres, tratando de buscar otro argumento. Te compramos para que hagai tu oficio y si no, nos vamos a la ruina. Ponte en nuestro lugar.

—Ya les dije, insistió el animal. Conmigo no.

—Mejor sería venderlo, se contestó a sí mismo el que estaba hablando. Que le diga a otro ñato lo que le está pasando, que está enfermo de los nervios.

—Estoy seguro que nos va a salir pelando encima, contestó el otro. Porque pongamos por caso que de caballo no trabaje; ya está. Está bien. Pero no quiere hacer ninguna otra cosa aunque fuera pa ayudarse él solo.

—Eso son mis mismos pensamientos, dijo el

otro. Está taimado.

—A lo mejor lo podíamos llevar a la ciencia médica pa que le revise el mate.

—Están mal, interrumpió el caballo. Si este no es un problema de la cabeza.

—De la cabeza propiamente tal, alcanzó a decir el que estaba más cerca del animal.

—Esto nos pasa por ser comprensivos, dijo el que no podía entender el problema. Nosotros no nacimos con el don del abuso...

—¿Sabís que más?, te vamos a dar vacaciones a potrero suelto, que bien merecido te las tenís.

—Porque del mameluco donde estai metido ya no te va a sacar nadie.

—¿Quién te va a cambiar la maquinaria, la cañería? El caballo se defendió: ¿Y los que andan con la radio prendida?, esos sí que tienen derecho a cualquier cosa.

Sus propietarios bajaron la vista.

—Porque en esta cuestión, al que le toca le toca. Tú te juiste de caballo, nosotros nos juimos de hombre y otros nacieron de riel, de poste pa la luz.

—Y la mosca de mosca. ¿Tú creís que la mosca no ha pensado más de una vez en cambiar de ambiente, de ser a lo mejor matapiojo o sargento? Claro que lo tiene que haber pensado. Pero sigue siendo mosca y morirá de mosca y pa' más recacha, le harán un entierro de mosca.

—Pero después de ser de fina sangre, miren cómo estoy ahora—, dijo el caballo mirándose los zapatos sucios. Estoy hecho una ruina y encima ustedes me han puesto este abrigo que parece que son los que

dan de baja en los regimientos para regalárselos a los locos...

—Nosotros nunca te hemos ofendido diciéndote que eres un matungo.

—Lo único que faltaba, dijo el afectado.

—No hay que ser tan perjudicioso. Ahora ya no tenís que rebelarte contra nadie. Tenís asegurado el techo, comida y encima la amistad. Por qué no te pegai la acachá.

—Ahora que tenemos el carromato es cuando vai a jugar un papel de primera. U sea, caballo de carromato. ¡Cuántos gallos quisieran estar en tu lugar! El animal se emocionó.

—Ustedes le buscan por todos lados el cuesco a la breva, dijo.

—Porque también tenís que considerar que uno no es joven toda la vida. Ahora los tres empezamos a jugar los descuentos, con los várices y el reuma.

—Y la tortícolis, agregó el otro socio con cierto tono doctoral.

—Pero un caballo viejo no tiene destino. ¿Qué le queda? Si jubila puede arrendar por ahí una pieceta en una pensión y pasar todo el día muerto de frío leyendo diarios viejos.

—Por eso te estamos dando la oportunidad. Nosotros le vamos a trabajar la hojalata, y vamos a juntar el oro, y todos vamos a ir en partes iguales en la parada.

—También es cierto, reconoció el caballo con algo de entusiasmo. Por los caminos se ven pasar otros caballos, otras personas; u sea, ya uno no queda tan encerrado.

—Y mal que mal *la Flaca*, que nos va acompa-

ñar, le pega a la cocina. Las pantrucas le quedan como de restaurante.

—¿Cuándo partimos?, consultó el caballo.

—Chís. Qué nos demoramos. Nosotros vamos a ir a hacer la bencina y esta misma noche partimos pal sur —dijo abranzando a su socio y retrocediendo, sin dejar de mirar el caballo que movía la cola como esos perros chicos cuando juegan con un calcetín.

SEGUNDA PARTE

Algunos meses después

Mentiría si mi compadre tuvo alguna vez un sí o un no conmigo. El con su cautín y yo con mi caja de herramientas. Y los dos S. A. Socios hasta la muerte, pese a las dificultades. Lo que pasa es que él era lanzado y yo temeroso. Cuando nos poníamos a tapar los hoyos de una cantora, para poner un ejemplo, le venían los delirios de grandeza. Se veía en la fábrica, corriendo en bicicleta con un soplete de este volado, llenando en forma racional los agujeros. Con los paraguas pasaba lo mismo. No tenía freno; le gustaba soñar despierto, repitiendo: "Compadre, es mejor el aumentativo que el diminutivo". Y de ahí no lo sa-

caba nadie, aunque después no teníamos con qué parar la olla.

El aumentativo, le gustaba rebatir, es el problema consecuencial de los tiempos que vivimos.

En cuanto se empezaba a poner difícil, yo cerraba la parte de mi carromato sin querer escuchar, porque exageraba pagándole al personal el viernes, con la libreta al día, bautizando la fábrica de materiales con algún nombre fantasioso y siempre al final: S. A. Después revolvía las cenizas, triste, sin auditorio sumando y restando las entradas: a veces hasta cinco lucas cuando andábamos con suerte.

La idea le daba vuelta a cada rato, bastaba mirarlo para comprender que no estaba tranquilo porque hablaba en voz baja, pero sin mirarme como si yo no fuera su amigo.

Porque tarde o temprano, decía, el aumentativo producirá la felicidad. Toda la felicidad era su argumento más rotundo.

Está bien, le contestaba siguiéndole la corriente, pero no se enoje compadre. Entonces él sin agregar otra cosa abría los ojos con compasión, como diciendo: ¿Cómo pude asociarme con un bolsiflai como éste, tan lento para llegar a una interpretación cabal de mis ideas?

En ese tiempo estábamos trabajando la hojalata, oficio que habíamos apredido cuando fuimos a parar a la cárcel, también por culpa del aumentativo. Usía, le rebatió el compadre, la enajenación de los bienes no es un delito. Es un conflicto moral. Entonces el juez le miró los zapatos por donde salía el dedo gordo. Lo anduvo acoquinando. Son los valores, insistió, los que están chuecos y entre la miseria y la

riqueza no se produce el aumentativo.

Dictaron la sentencia. Cinco años y un día por faltarle el respeto a la autoridad.

—Nos castigaron con aumentativo y todo —le dije con rabia cuando quedamos en la celda. Lo legal eran tres años por robo con premeditación y alevosía; u sea, por patudos confirmó el magistrado con ojeriza.

El compadre estaba en un enredo. Vivía anotando y siempre le sobraba algo, bien en sus pensamientos, bien en el trabajo. A los tarros de basura le agregaba una segunda tapa. Desembuche, lo provocaba cuando descubría que sus ideas le estaban haciendo humear la cabeza. Pero cada vez se iba encerrando en sus propias cuestiones y le gustaba humillar a los que no tenían tanta preparación como él, repitiendo puras frases para el bronce, hablando hasta de la inmortalidad del cangrejo.

—Estamos marginados de la sociedad de consumo. Ahí está la clave de todo —repitió con una seguridad absoluta, sosteniendo el caballo para que no se fuera de espaldas con lo calambriento que estaba. El aumentativo se va desinflando por causa que aminora el poder consumitante. ¿Me entiende compadre?

—¿Cómo no lo vamos a entender?, le contestaba mirándolo de reajo, con extrañeza, soldando la bacínica. Es la sociedad de la abundancia lo que nos ha jodido, dijo, abriendo el paraguas contando los agujeros, tratando de mirar la luz desde abajo.

Y hasta Dios se ha puesto consumitivo, agregó, retorciendo una vez más la idea.

De consumitivo a consumitante, ¿cómo lo hallai?, dijo, y nosotros cómplices, con el caballo oliendo

do el lejano humo del asado que venía del sur.

Debe ser punta de ganso, recuerdo que dije aspirando el olor como si fuera perfume. El equino refutó: "No, huachalomo". ¿Y nosotros? —interrogó el mismo—, ¿qué papel jugamos en esta historia? Empezó a diseñar un nuevo modelo de lavatorio para bañar guaguas.

Tuvimos que mover la cabeza, arquear las cejas para demostrarle que estábamos atentos.

Y si Dios también se va para el lado de la consumitancia, se produce el cortocircuito, prosiguió obsesivo, remachando un clavo imaginario.

Pásame el plomo, agregó con terquedad para unir las primeras junturas del fondo.

—¡No hay salud! ¡Y pensar que tuvimos que dejar cesante a *la Flaca*!

—Así es, confirmó el ayudante. Porque ya no daba el rendimiento.

—Se echaba al buche más de lo que producía. Eso era todo.

El caballo espantó una mosca enredada entre las crines.

—No se puede hablar así tan crudamente, dijo.

—¿Pero rendía o no rendía?, preguntó el que estaba soldando las latas.

—Yo creo que sí, dijo comenzando a buscar un pedazo de plomo.

—Pero no se producía la libre ecuación entre la consumitancia y la productividad, agregó el de aspecto más viejo.

—Lo importante es tener la gratitud —dijo el caballo metiendo la cuchara—, sin gratitud no valemos ni cinco.

—No estamos hablando de eso, aclaró el más desolado de los técnicos.

—Lo que pasa es que comía más de la cuenta.

—Comía lo que tenía que comer, defendió el caballo sin agregar otro argumento.

—A mí me lo van a decir, dijo el que fue su marido. Comía, comía en el azafate.

—Pero eso es sólo una parte de la película, anotó el que estaba con el cautín en la mano.

—Usted no quiere dar su brazo a torcer.

—Con los años uno se vuelve más práctico, dijo. Ya no volvería a repetir la gracia.

—Pero mal, mal no lo pasó, recordó el caballo desde lejos.

—Mal no, dijo. Pero salió cara la gracia. Salimos pa'trás.

—Repase por aquí, ordenó el que dirigía la operación de la bañera.

Algunas gotas de plomo sobrante cayeron al suelo con una chispa blanca.

—Es que por un lado comía, dijo el ayudante, pero también le daba sus satisfacciones.

—¿Qué satisfacciones?, consultó el aludido, indiferente.

—Las satisfacciones sexuales, mal que mal...

—Sí pues, volvió a confirmar el caballo desde lejos. ¿Y eso, cuánto vale?

—Con su obligación nomás cumplía, aclaró el gáster.

—Pero usted juega chueco cuando la recuerda: por ese lado no le descuenta nada a los gastos.

—Lo único que pasaba es que todos los días salíamos pal debe.

—Pero entonces usted se moría de la risa, reafirmó el caballo. No andaba como ahora que está sin salir de perdedores porque hace meses que no le ve el ojo a la papa.

Por primera vez el gásfiter levantó la vista para ubicar al caballo.

—Tú hablai de puro necesitado. A lo mejor algo tuviste que ver con *la Flaca*.

—A mí que me registren, se defendió el caballo. Nunca he sido partidario de los triángulos amorosos.

—¿Entonces, por qué sacai tanto la cara por ella?

El caballo prefirió callar. Esperó el ataque del ayudante.

—Usted no serviría para juez, maestro —adelantó.

—¿Por qué?, preguntó el que tenía el cautín en la mano.

—Pareciera que le gusta andar con la balanza cargada para un solo lado, para su lado propio.

—Así se habla, afirmó el caballo con voz grave, raspando la tierra.

—No entiendo, no entiendo, dijo el afectado tomando un aire inocente.

—¿Y la ternura que le dio, el sentimiento, el amor, ah? ¿En qué lado del libro lo puso?

—A pérdida, reconoció el gásfiter con resignación interesada.

—¡Por eso es que le sale mal la cuenta y se descuadra!, acotó el caballo. ¡Eso no es de hombre honrado!

—Ustedes creen que uno tiene que andar con un

libro anotando las rayitas, los favores...

—No, pero sería bueno que balanceara la consumitancia con la productividad como usted mismo dice, cuando habla hasta por los codos.

—Era mujer y de mujer trabajó conmigo, dijo el gásfiter con algo de remordimiento apagando las últimas palabras, tal vez como para que no lo escucharan.

—¿Y por qué le pusieron después “Como 15 botellas”?, preguntó el caballo a su ayudante.

—Eso ya es cosa mía, respondió el maestro.

—No se la saque, aclaró el caballo. Porque le tenía el afecto, el cariño, y por eso se puso a tomar como loco cuando quedó solo.

—¿Sabís que más hocicón?, dijo el gásfiter perdiendo el control. Tú eres el único que no tenís derecho ni a voz ni a voto en este enredo.

El caballo dejó de hablar.

—¿Con qué necesidad le tira el caballo encima, jefe?, dijo el ayudante, apaciguándolo. El todavía anda con ese problema de la conciencia.

—Si tuviera conciencia habría renunciado a la pega, dijo en forma rotunda el gásfiter titular.

—Eso es cierto, reconoció el caballo en el colmo de la tristeza, dejando de agitar la cola. Pero la verdad es que no me la puedo, ya estoy muy viejo para empezar.

El gásfiter mostró su rostro en medio de las sombras y la luz escasa.

—Lo que pasa —volvió a argumentar el otro gásfiter—, es que usted no sabe lo que valen los sentimientos de la persona.

—Usted dice porque le pegué la patada a la

Flaca y le dije hasta aquí no más nos llegó la cuerda m'hijita.

—Acuérdese que la dejó botada en el camino.

—Bacalaos conmigo no, aseguró el jefe. Ya le había sacado el rendimiento, ya no daba manteca. Por eso: buenas noches.

Preguntó el maestro: ¿Y tú, por qué te quedaste callado?

—Ya se había producido el dilema, argumentó el caballo. ¿Cómo iba a valer yo más que *la Flaca*? Pero confieso que me quedé callado, que me fui por el lado del acomodo por pura cobardía.

—Y no por el lado de la ética, de los principios morales, aclaró el ayudante.

—A lo mejor, contestó el caballo con tono desvaído, recordando.

—Nosotros, confirmó el jefe, sin el carromato no somos ninguna cosa.

—Y el caballo es parte del carromato. No hay donde perderse.

—Pero el amor, justificó el caballo, es parte de la persona. Es mejor andar a pie que sin amor por el mundo.

—A güena hora venís a sacar la voz, gangoso, le dijo el gásfiter enfrentándolo. ¡Y pensar que te cambié por *la Flaca*!

—Así no más fue, confirmó el caballo apurando el trago.

—Con razón decía ella (recordó el ayudante) que éramos unos aprovechistos.

—Lo que pasa es que a nosotros nos liquidó la sociedad de consumo, repitió el que había terminado de soldar la bañera con la tapa.

—Si lo único que le consumimos es tintoleo, dijo el caballo como si se tratara de un descubrimiento.

—Pero el que vende el amor está perdido, aclaró el ayudante.

—Yo no he vendido ninguna cosa, se defendió el maestro, dejando el cautín a la intemperie.

—Pero le pegó el chute a *la Flaca* cuando era como parte del inventario del carromato y encima le quitó el pan de la boca.

—Era una santa, dijo el caballo con los ojos corridos.

—¿Y si tanto te gustaba, por qué no la salís a buscar y le ponís pieza?

—Porque donde está ahora no le hace falta, contestó el caballo con igual tono vengativo.

—No me vengai a sacar los celos, tampoco, aclaró el que no tenía nada en las manos. ¿Ustedes creen, preguntó, que yo estoy conforme cuando en la noche le pido a la pelada que me venga a buscar de una vez por todas?

—¿Para irse a juntar con ella? —consultó ceremonioso el ayudante.

—No, no es por eso, dijo el maestro. Porque me pego la palmada y no le encuentro agarradero a esta cuestión en que estamos metidos. Después compramos el caballo y resultó que no era caballo. ¿Más quemados dónde? Pero cuando *la Flaca* vivía, otro gallo nos cantaba.

Se produjo un silencio para escuchar la noche y el caudal distante de los ruidos del pueblo.

Fue necesario aumentar el fuego, hacerlo crecer entre los leños, esperar que los dos hombres y el

caballo se apretujaran unidos por el frío y la soledad recibiendo el vaho húmedo de las sombras.

Cuando el caballo se retiró del medio, el vacío sirvió para que el gásfiter y su ayudante quedaran como buscando el fondo tibio de la ceniza desparmada bajo sus pies.

El animal tomó el camino como en puntillas. Era la hora del sueño completo de la tierra y el rumor constante de los grillos esparcidos de salto en salto como una sorpresa metálica que se incendiaba para apagarse con un eco siempre en movimiento.

El caballo calculó la profundidad de la noche, atribulado, casi hueco, insulso. Soltó sus músculos como si fueran pequeños molinos, la encarnación de una fortaleza injusta y cruel. Se vio segmentado, cayendo como una nevazón de miles y miles de pequeños caballos cubriendo la nobleza pacífica de la hora, sin dañar a nadie, ni siquiera a las tristes parejas hambrientas aferradas entre sí como anudando su condena y la irremediable posibilidad de seguir viviendo con la muerte a quemarropa; y por eso su fuga, su galope musical áspero y definitivo, tenía algo de la blandura y también de la insolencia del mar, esa honrada necesidad para destruirse sin remordimiento, alargando y recogiendo la soga del trompo, el chisperío de las espléndidas espumas, aún cuando un caballo desbocado pasara haciendo pedazos las aguas, con la irremediable fuerza de las olas que chocan de repente contra los acantilados.

TERNURA SUCESIVA

El primer paso fue alrededor de una silla. Pronto el niño se quebró en torno a su propio equilibrio. Desde el suelo, la madre era gigante; el aire quedaba aún más arriba. Tal vez el valor de una mano, el primer naufragio: los dedos en alto esperando, las lágrimas precisas, la ternura, el mecanismo ojo-impulso-derrota, el bienestar del calor del seno incrustado en el rostro tomando variadas formas y por fin dormir sintiendo que la leche inunda el mundo, sorbo a sorbo.

De nuevo lo ataca el residuo de las sombras que desde el escondrijo asalta la plenitud de la armonía familiar. Hay una espuma áspera en el ambiente, quejidos supremos, altavoces que vienen desde los siglos más remotos, sustancias derivadas desde la

raíz de los abuelos, sonrisas que no son propias, gestos extranjeros, combinaciones de movimientos misteriosos, una señal y también una advertencia.

El niño sigue descubriendo el seno predispuesto, el doble campanario, la fuente del ejercicio, en esa herida, diría, hay que insistir, llegar con un pequeño tarro y el pordiosero será recibido así llueva afuera, ningún perro lo morderá, asegura la madre, y lo protege con el peso de su mano que no tiene término.

Nadie lo mire ahora que obtiene su miel, inocente. Pasan los bandidos a caballo con la nube gris encima de la cabeza de regreso de la matanza de los inocentes. Los huesos buscan la armonía, el nudo, la estrategia para salir a la atmósfera y desempaquetar el misterio de la existencia: los ojos puestos para la batalla, todos los hilos de la sangre y los nervios esperando la orden para el asalto y la lengua batiéndose en el colmo del abismo recibiendo órdenes: madre, padre.

Ya eligió su camino, una pierna le queda en zaga en los próximos golpes, como si no pudiera darle velocidad al barro, la criatura. Tarda el ordenanza hasta llegar a la sala de juegos, encender las luces, volar antes de tiempo. Abajo el abismo invita, pero retrocede. Tiene confianza: agita primero la mano para arrancar de la piedra eterna. Es el momento propicio y ya eligió su derrotero y desde ese momento hasta el infinito la boca sigue recogiendo sabores y palabras.

En la atmósfera se respira un nuevo aire natural sin la presión del mar, como hace dos meses. Entonces todo era crimen alrededor, madre, como tocar

las galaxias, esos rápidos derrumbes de las estrellas, la fugacidad de los mundos y el pequeño nudo escuchando, oído en el vientre, las correrías sin sosiego al otro lado de los límites, recuerda, un lenguaje para mudos: el árbol recogido en el fondo de las entrañas, preparándose para recibir el asalto de los pájaros, el asombro inaugural como si tuviera que escoger su tenida de domingo, además los anticipados recuerdos del olvido, los subterfugios, las trampas, el ordenamiento para vivir y morir, la zona aún inconclusa de los golpes, el país de la alegría, armándose, hijo.

Del infierno trajo esta red de comunicaciones, se respiraba con dificultad circundando la Tierra, otros planetas, diferentes mares colgando de las estrellas hirvientes, la respiración entrecortada, madre, revisando los residuos que venían de otras latitudes, la predisposición para abrir las piernas y luego partirse y crujir con sus más ardientes astillas estrujando piedras con las manos sangrantes, frente a los fusileros. Partió sola al río y ahora regresa con su carga, el mar descansa en paz, menos agitación, las muchedumbres se retiran para empezar de nuevo la revuelta después de recoger sus muertos predilectos de las calles. Existe el nido, el sarcófago, la voluntad de apurar el fuego. Todos los sudores del cielo serían pocos para que le nazca a la criatura el primer diente: nadie lo tocará, la tierra responde ante la magnitud de la tragedia sin dañarlo aún. Crecería a lo mejor de noche, con una aguja que lo va zurciendo, para arriba, aleación de metales, trigo, la leche obstinada sorbe el río más corto, su obligación es esperar, ahí con su pequeña maleta, en una escalera; su padre asalta los caminos, es viejo el tabuco, pero impresiona con

su caballo de lata, y la madre lavando y su abuela desanudando el pañuelo con la última moneda. Se llama Moisés rompiendo las aguas de fuego como si fueran hojas de papel, cortándolas una por una para reunirse de nuevo a la hora del botín. Es la noche, repite, el músculo se ha gastado un poco, la frente trizándose, la humillación obstinada, hemos cambiado, amor, le dice la madre, las manos del pequeño refulgen, tienen luz propia, cómo no amarlo, iríamos a la guerra, el enemigo no tiene color, disparemos, hay tantos oficios en los avisos económicos de los diarios, muestre su argumento, todavía no le hemos sacado la primera foto, se parece a usted, el hoyuelo en el mentón, será boxeador, dicen los opinantes, asegura la madre bajando los ojos, detener el paso del cielo con una mano, resulta tan fácil, mirándolo, ya entiende: funcionó por primera vez el resorte. Sin necesidad de la luz roja vio la imagen tierna como un fruto y se fue para adentro ese enredo de sonidos y sombras y luces, y el motor cubierto por la piel fue puesto a andar como si estuviera esperando la señal y el resultado no se hizo esperar: el niño ríe como su abuelo, un poco triste, antes que se quedara dormido al cumplir los primeros cien años, querido, deja la brocha, el tenedor, la pala, todos los instrumentos de trabajo: la escalera de los bomberos, el manubrio, esa capacidad que tienes para quedarte sentado donde uno menos lo piensa, un día lo empujaremos con sus alas de cartón, efectivamente, cae al vacío desde el árbol más alto y nos mira para hacernos el primer cargo, guarda abajo, pero no se destruye: da manotazos de ciego, en el aire, quiere apernarse en el viento pasajero, no conoce la clave,

la vida ya se lo enseñará cuando llegue el momento, confirma la madre mientras lo recoge, malherido, sonriente, el hijo debajo de su propia sombra. No hay necesidad de amarrarlo de nuevo, bastan las recomendaciones, el decálogo del peligro, dice la madre, los días cuando fuiste anciano, guardaremos el bastón de tus cinco años, los pequeños tienen su límite para resistir la carga y no se cierran, negándose a recibir más tonelaje cuando el padre se ausenta. Miramos la casa muerta, no está, dice, buscando detrás de las llamas y las llaves, poner la habitación patas para arriba, no hay explicaciones, el vacío basta, confirma la madre, recogiendo las lágrimas, un 25% en total, sólo colocar en estado de convulsión y dejar que salten los recuerdos, mientras se corre sin prisa sobre las piedras del infierno. Vamos recuperando las heridas, hijo, dice, y la maleta con ladrillos. Hay que apuntarle al camino de la noche que no lleva a ninguna parte, le duele esa parte del calor que no tiene, la otra mano que falta era diferente, los nudos sobre todo, el lugar sombrío para la voz cuando el niño miraba el mundo y su acertijo, después esos brazos de acero para acercarse al rostro, padre, al propio espejo de la igualdad, solos, separados por la piel que los encadenaba en distintas edades, pero era posible carcajearse bajo la misma tienda un instante: padre, hijo benemérito, ¡Toc, Toc!, las puertas son de fuego, asegura la madre, apunta mi boca no caerá en la ceniza, el mañana es nuestro, esta huella va a caer en la misma cama piadosa, usted, hijo, mire como su madre trabaja de carpintero. Se puede empezar de nuevo, aclaración pública. Se toman las cicatrices y se las pega con lo que uno tenga a mano,

con ceniza, por ejemplo, la risa se incrusta en el dolor y ésa es buena señal, niño, duérmete, mi bien, saluda al soldado desconocido, le confiesa para calmar la ira de los hombres, los que llegan del frente de batalla con la billetera completa y a lo mejor quieren quedarse una hora en la retaguardia, le puedes decir papá desde ahora en adelante, es fácil, imita el movimiento de la boca y el alma, rectifica desde el silencio escondiendo el rostro que se refleja en la parte más infamante de la colina, mesa bien puesta, diríamos en el momento supremo, te amo, escucha el niño, anotando en su libreta temprana. Efectivamente tiene dos padres según sus cálculos, porque el que se ausenta ¿dónde va a parar?, respuesta imposible, dice la madre, tú no entiendes esas cosas, ¿hijo, te sientes solo?, es cuestión de pedir lo que quieras para que el mundo te respalde, no temas mientras yo camine por la cuerda floja, ¿quieres una caricia?, cuidado con ese peligro, recógete en todo caso, no para esperar la oportunidad, sino porque tu mitad se fue para siempre, ¿te acuerdas cómo me pegaba?, no era por amor, el resultado queda en blanco, estás pálido, hijo, sufriendo y resistiendo, diría la criatura: afuera todo pasa de largo, calzado hermético en las sombras, no hay peor interrogante que el cielo de los niños: pasa un pájaro suelto que ojos adentro, quiere jugar con las alas haciendo disparates del vuelo, cayendo de punta. Todo llega hasta la mitad, el más honesto sentimiento sin nombre alcanza la frontera del peligro, ¿del pasaporte?, dice el policía ciego, no importa mostrarlo, basta el rostro, el condenado quiere rectificar, entregarse, el fatalismo, dice la madre, esta batalla está perdida, concluye el rebelde. Una

sonrisa, pero mascada, eso sí. ¿Padre, dónde estabas?, le dice pidiendo la bicicleta más cara del catálogo a plazos. La ternura conduce a todos los equívocos. ¿Quién es el dueño de la carga?, pregunta el testigo. Por abajo los sentimientos toman el verdadero cauce, las ataduras magistrales, el artificio del amor que se escurre. El dinero se expande como si se tratara de escombros: hijo: ¿qué haremos?, le preguntaría la madre equivocada, tú que eres juez y parte, te colocaremos el uniforme para salir a predicar por los caminos, abramos de nuevo el libro de los últimos cien balances, y el niño busca algún dibujo ajeno. Todos los días tenemos que ir donde el contador, reconoce ella, la balanza no tiene dos platos: es gítoria y degüella, quiere una definición, madre, consultaría el código, dice con su media lengua haciendo de nuevo la maleta, cambiarían la película, le dice a su mejor amigo, que ya camina, es un hecho cuando la madre saca su manojo de llanto y se condena frente al espejo, los ojos, hijo, se hicieron para eso, afirma, abriendo la puerta al recién desconocido: trae un paquete: dulces, pasteles, primera caricia. *¿Te gustaría que yo fuera tu papi?* Una pausa marcada, luego el silencio, hasta que mañana los papás están en fila, me gusta jugar al palitroque. Está vacío de nuevo el mundo, entran y salen de los muebles, la cama tiene un significado aparte para las comadres que observan el suceso pintado por Brueghel: la cabeza de pescado, antenas de escorpión, hocico de lince y marsopa, pies como dientes, agarrándose entre sí las nalgas y la garganta. Las sábanas, charlan, parecen tener el hueco preciso.

Sería su enemigo, ya estaba recibiendo las ins-

trucciones: suena la campana y el niño leería el manifiesto: "Huérfanos del mundo, uníos", y la madre mirando al niño que sale de las sombras; se abrazan: ¡Madre! ¿Qué es lo que tengo que decir en esta parte?, repite en medio de las risotadas del público. Ella registra la libreta y alza la voz y seguimos la acción, es de noche, todavía la estación más peligrosa. Debe caer el telón y sacará otro regalo —trajes, falsas caricias, zapatos, ternuras falsificadas.

El silencio nos arrebató de nuestro sitio, origen, hijo, debes ir a acostarte, dice la madre con el énfasis melodramático que exigen las circunstancias.

¿Por qué?, debo preguntar.

Ellos se miran aún después de tantos años de peripecias. Tengo la clave de la usurpación, pero hay que callar, padre de repuesto.

Simplemente los seguiría mortificando si en realidad no tuviera tanto sueño. Puedo hacer un intento y protegerla, madre. No es necesario, diría. Llegó el momento de repartirse la felicidad. Me llevarán en brazos a la cama y me ovillo como una última señal de protesta; estoy indefenso, digo. Pared por medio, madre, nos sentimos otra vez enemigos: te busco entre las entrañas y resbalamos y cantas en el baño y él se pone ojalá un pijama propio, estoy tan dormido que no puedo cerrar los ojos, esa voz nueva no es la que me llamó el primer día, está oscuro, recuerdo, madre, en la casa todos habían salido, un día de invierno, sin duda, con neblina, hasta que llegó mi papá y sacudió la llave y me vieron pasar y comenzaron a llamarme a gritos y yo los escuché en el mismo fondo de las raíces, donde tú ahora, madre, te ríes, con ese extraño a cuestas.

LOS DOS UNICOS VIUDOS

Le gustaba buscarme la camorra, mojarme la oreja, ponerse aniñado conmigo. Déjeme hasta ahí nomás —le decía. O corte su asunto, amigo. Pero no era suficiente. Yo no me dejaba provocar porque en realidad le tenía un poco de respeto a su edad. El viejo se ponía insoportable, cargoso, creyendo que a lo mejor le tenía miedo, que no le podía pegar un par de gualetazos.

Cuando estaba a punto de estallar, me daba media vuelta y partía; no le daba bola. Era cuestión de no llevarle el amén. No era cierto que le había entrado gente al patio. Se empezó a poner raro desde que le hizo esa mala pasada a *la Flaca*. Después de unos meses que pasamos sin hablarnos, trató de buscarme la conversa. Y yo nada, con mi orgullo al hombro.

Pudo decirme: —Oye, Rengifo, ¿qué te pasa conmigo, por qué no aclaramos las cosas? A lo mejor me iba a hablar dándose de prepo cuando se las da de caballero como si yo no lo conociera. El también la vio con tongo cuando chico y eso a mí no me lo va a desmentir nadie. Y sé que le gusta irse de lengua porque está solo y aburrido y son pocos los que quieren perder el tiempo escuchándole contar la misma historia con esa voz cansada y sin gracia que pareciera estar moliendo piedras. —Oye Rengifo —insistía—, pero yo, nada. Así me lo tengo castigado y eso le duele más que un garabato o casi igual que si lo aforrara.

Le podría contestar: —Viejo, el que la hace la paga— y asegurarle que el día que me pille atravesado lo puedo liquidar con un golpe bajo. A lo mejor eso es lo que quiere cuando anda con la provocación de por medio hablando mal de la familia. A la larga prefiere irse por el lado bueno invitándome a tomar un trago a la borrachería de Custodio. “Podríamos llevar algunas apancoritas y tortillas para conversar un medio pato y otro más”. El no lo dice, pero se entiende que quiere pagar todo para ponerse en la buena conmigo y después darme un abrazo: “Rengifo, aquí no ha pasado nada”. Pero yo lo manejo cortito y muchas veces como que le doy un poco de esperanza y luego le pongo la mala cara porque la que me hizo fue muy grande. Y aunque sé que algún día tendré que perdonarlo, todavía ando con sangre en el ojo y la idea de la venganza me da vuelta por la cabeza.

Yo siempre salgo solo a trabajar. No sé que me dio por invitar a *la Flaca*. Creo que a veces los ca-

bro la aburren y entonces recuerdo que le dije, salga a distraerse m'hijita. Y ella dijo que bueno y dejó la casa y los críos recomendados a la vecina. Estábamos contentos y fue cuando compramos el chuico de tinto. Y entonces nos pusimos a recordar las cosas de la vida. *La Flaca* se cargó para el lado de la ternura. La lloramos bastante, emparafinados ambos dos, echándonos la culpa de muchas cosas, pero después nos pusimos en la buena y nos volvimos a agarrar de las mechas porque como todo el mundo sabe, ella es muy celosa. En eso estábamos cuando se dio vuelta el bote. Puso una cara tiesa y nunca más se supo.

La seguí llamando la noche entera pero no apareció con lo emparafinada que estaba.

Si él me pidiera disculpas a lo hombre, no sé, tendría que pensarlo dos veces. Lo malo es que casi siempre se hace el cartulino, y yo cuando ando con la caña me sale el rencor como para hacerle la guardia y pegarle la puñalada por la espalda, porque es chueco por el lado que usted lo mire y lo más malo de todo es que no le conoce el remordimiento.

Tengo la impresión que también es medio picado de la araña, que sin que yo lo supiera le anduvo arrastrando el poncho a *la Flaca* cuando ella me venía a buscar con el botellón y el pan con ají. ¿Qué le habrá visto a ella habiendo tantas mujeres en el mundo? y eso que quedó como tabla de planchar después que tuvo al Horacio. A lo mejor, también se entusiasmó con esa cosa diabla de la difunta cuando coqueteaba con los ojos llegándose a poner turnia con la gracia. Creo que por eso anda furioso, rugiendo como si alguien le fuera a hacer caso a las leseras que dice. Estoy seguro que le había echado el ojo a *la Flaca* y

se pasaba con cualquier disculpa frente a la casa y yo, sabiendo con la facilidad que se tentaba, le tenía prohibido que se mostrara mucho, sobre todo a la hora de la siesta o cuando andaba afuera buscando los alimentos.

Y ahora el viejo: —Chissst, chisst Rengifo —me dice como si uno no tuviera amor propio, como si uno le pegara una patada a las piedras y apareciera otra *Flaca* cuando yo sé que era la última y con la finada se terminaron para mí las mujeres con corazón de oro.

Yo creo que el viejo debe tener un poco de compasión cuando al amanecer mira cómo hago hervir la tetera preparándole el desayuno a los cabros, saltando de un lado para otro quemándome los dedos, un poco inútil.

A veces me vuelve el odio. Me gustaría, digo, caparlo a uña, que supiera lo que es bueno, pero tengo que resignarme hasta que llega de nuevo la tristeza y *la Flaca* no regresa aunque con lo bromista que era a lo mejor el día menos pensado aparece como si nada, saludando muerta de la risa, mostrando el último diente que le va quedando.

Yo recuerdo cuando nos cacheteábamos en la playa y el viejo se ponía tiritón de pura rabia, mirándonos gozar como si fuera el último día del mundo.

Porque nunca le ha visto el ojo a la papa y la vida entera se lo pasa solo y por eso anda refunfuñando y ahora se va por el lado de la rebaja, diciéndome: —¡Oye, Rengifito, no me guardes el rencor! Por qué no nos ponemos en la güena de una vez por todas.

Lo único que sé decir es que él nunca ha sido

padre de familia, y si algún día tiene un hijo no le va a salir ni parecido.

Y si vuelve a aparecer *la Flaca* me voy a vengar. Lo primero que pienso hacer es empelotarla y hacerla gozar hasta que el viejo ponga los ojos en blanco mientras le grito al mar: ¡Viejo carajo, este crío lo voy a hacer en tu nombre!

Por eso no me importan sus habladurías llenándose la boca con puros chismes. Lo único que quiero es que nunca llegue el momento de aforrármelo por irse de lengua, mientras se rompe la cabeza en la arena, mostrando la hilacha.

CUPIDO, CUPIDO

¿QUE HAY DETRAS DEL MURO?

Si mirara largamente las rosas de papel, habría recommenzado por la infancia, pero luego hojeó el áspero olor de la revista, la vetusta ceremonia de la coronación de la reina, el puzzle resuelto a medias por otro, buscando todavía la luz interna de la tarde, todo sin respuesta.

Sumó sus 40 años, la única maleta encima del ropero. La imaginación estaba endurecida, sin deseos de caminar, sin la vitalidad como para remover un recuerdo, simplemente ya casi dentro de la esfera del olvido definitivo en su casillero y sordo, levantando el muro ausente, el héroe que la viniera a interpretar poniéndole las máscaras en serie de rigor, la ironía para su desplazamiento. Un gris profundo al terminar la edad, cero resonancias, como si hasta

el polvo de los acontecimientos ya no tuviera necesidad de levantarse, fluír, volar sin interés, cumplida su tarea con esta vida en una pieza de pensión con el timbre lejano, están todos muertos a la hora de la siesta como pegados con un clavo a la silla de dormir, sin ruedas, sólo el empuje del viento permitía inflar las sábanas de los lechos de los ancianos, controlando su timón blanco, raspando la arena, el anonimato más absoluto de sus nombres con el mismo hambre que habían comenzado el siglo: el plato vació en el centro de la mesa y luego sus rostros en hilera, sin perfil olvidados.

Falleció en ese capítulo la protagonista del radioteatro como un anticipo de múltiples circunstancias, cera Nugget dijo el locutor culpándola hasta el próximo lunes, raspa que te raspa la soledad, nada está abierto a esa hora: la pulcritud del silencio, el paso completo de las multitudes, cada habitante registrado dentro de la órbita imposible —espera-vacío-espera— el compás parece interminable, humo, la campana que podría remover la última lágrima y la deja quieta en la raíz de su entraña y necesidad, numeraciones, teléfonos inconclusos, querida, no sabes lo que te has perdido, dijo dejando caer el volumen de palabras que no entraba en ninguna caja, el chorro mortificante como si de pronto los dientes sirvieran de esclusa, atrás vienen empujando los verbos como olas turbias, pasan los indefensos náufragos y victimarios, oye, un bruto, pero con su encanto, con decirte que su manota me tapaba todo el seno, justo la sensación simultánea de frío y calor, los cinco dedos apretando el timbre; yo le pregunté: ¿Señor, cuáles son sus intenciones?, mirando las tres sillas

solitarias muertas, la jarra de papel floreado, los lamparones, sin delicadeza, oye, un rufián pero tenía la llave de la pieza en el bolsillo, pensó que esta vez escribiría a máquina, sureña o nortina, bien parecida según dicen mis amigos, simpática este es un bruto y me puse a esperar la sorpresa, oye, parecía que le iban a saltar chispas de los ojos, con decirte que me empezó a perseguir por el hotel y yo arrancando con los brazos en alto y el pelo suelto, con tiempo, eso sí, para echarle una miradita por el espejo, se le veía la carpa levantada, oye, y me dije este me va a matar, alma afin, afán, siguió buscando y rimando con dificultad dejando de fondo la voz de la amiga, todavía no la llevaba a la cama, claro ¿no lo mordiste?, ni tonta, ojos (se los coloreó furtiva), azules, poco expresivos, profundos podría agregar la señal clave: 0,90 más bien alta y 0,60 se vio más corta que larga, oblicua y transversal con intenciones serias, hija de buena familia, dijo que el sostén lo iba a guardar como trofeo, oye, impresionante el matarife, niña, me dijo con voz de bruto: "Puedo romper nueces". Después preguntó: ¿usted tiene? Tú me conoces lo precavida que soy, linda. Puse en el velador un medio kilo como para entrar en confianza. Y él, zas, oye, mejor que un martillo, fíjate, en eso nos pasamos la tarde, en mi vida había comido nueces tan sabrosas, niña, una botella al mar, pensé cerrando la mentira pegajosa, tal vez la punta del sobre quedó levantada y lo tuvo que aplastar, sin entusiasmo. Todavía existía la voz en el fondo de la pieza poniéndose los calzones y le dolía la cintura dijo, debe ser las poses que describió, oye, pero las nueces dan más ganas recomendó el consejo del matari-

fe bigotudo y con barba falsa, fíjate que me dijo que tenía corriente, que si me casaba con él no gastaríamos luz, era cuestión de atornillarle una ampolla en la punta, confesó poniéndose la mano en la risa, alma gemela, arde algo que no es un remordimiento, se podría seleccionar libremente en la calle sacarlo de su cauce, algo suicida, pensó ya con más tranquilidad, llegando al correo, el está esperando dijo confiada, después te cuento el resto, rubricó la amiga, el matarife le estaba inflando los senos, no había duda y al caminar los dejaba estampados, gozosa, como para chocar con un poste. Se vuelven locas dijo, llegando al bar, contándola en colores. Si no llaman al radiopatrulla, me mata la yegua dijo, escarbándose el último pedazo de la nuez que le quedaba entre los dientes. El también tenía los ojos azules, más bien alto, su sinceridad emocionaba, desafortunado en el amor, de ideas simples, querendón, empuñó la mano sin quererlo, había fracasado varias veces, pero pedía una última oportunidad, usted, como dos islas, el bolero, cuestión que una de las paredes cediera sin especificar dónde pero se supone, ejem, diríamos a las siete de la tarde, en la puerta, claro, perfecto, ¿aló? cómo dice, de amarillo, perfecto, con un maletín, ¿ajá? ¿nerviosa? un poquitín, es la primera vez, claro, los ojos hablarán por nosotros en medio del desfile, todos los rostros disputándose el andamio, los trajes vacíos, la selva habría dicho, ir preparado, cuando se establece el contacto mucho antes de la cita ¿quién? podrían hacer a lo mejor un balance de las dos soledades, en la cama, dijo, pero borró rápido la idea abochornándose por la audacia imposible, en la mesita de café, mozo, él

se dará cuenta en el momento que me pregunte cuántos terrones quiero, todavía no puede levantar la vista, la voz suena conocida como si también viviera en una prisión, la ternura si es auténtica, antes que me diga nada con la máscara bien puesta, se le nota y además no lo disimula, llevará papel picado en el bolsillo por si la policía le sigue la pista y quiere detenerlo fuera de temporada, por abajo la palabra clave, buenas tardes, espalda contra espalda, muro por medio, tres golpes quiere decir, estoy listo porque tú también estás tramando la fuga, ella confiesa: todas las noches un gramo de tierra. ¿Qué haces? Yo me la como, dice, ávida de libertad y yo, la respuesta, llevo mi tierra a la tumba del ser más querido, siempre les hace falta, a lo mejor junto con unas flores, sonrío por primera vez con cierta coquetería, ¿cuánto tardarás?, pregunta el galán con tono engolado: 400 años después, responde ella mientras le corta la comunicación. ¿Aló? Le ilumina la cara con una linterna: duerme dentro del sueño en el juego continuo de las vulgaridades, el oficio le enseñó el placer de los equívocos. Podrían asociarse. Quieren conquistar distintas libertades, argumenta el abogado de la defensa. La tierra mojada de los muertos, señorita, la descubre al otro lado de los ojos azules, las manos encallecidas por el ejercicio de la pala, igual que una palpitación dice ella. Saco mi porción en la uña y vuelvo a la celda y me la como, repite. No hay más pistas, sólo el ruido sustancial de la mano cavando en distintas direcciones para elegir más tarde el camino de la libertad. Si él pegara el oído en el muro de los lamentos tampoco la escucharía, pero algún día nos encontraremos, afirma enfático, bajo

tierra por supuesto, desgredados, oh eso no importa, la paciencia es más grande que el amor, 40 años sentada, dice, 40 años esperándote, los detalles no interesan, efectivamente, como que los ojos no eran azules pero la última vez los tenía de ese tono, se disculpa, es la oscuridad, agrega, allá abajo, señala el túnel, ¿rompería efectivamente las nueces? siguen dando vuelta amarillos y verdes enanos y vetustos, ella aportaría la pala de su propia salvación, y él la linterna mágica, a lo mejor existe otro tipo de belleza, podría argumentar en el momento que la desnudara y descubriera que no tiene senos, que no tiene nada sino esa piel vacía sin destino, 40 años de pensión, argumento insólito, a él se le notarían las costillas antes que lo subieran de nuevo a la cruz, muerto de la risa, en el plano de las humillaciones todo es posible querido y por eso me observas desde lejos, noventa años a lo sumo ¿tú crees? que si nos juntáramos, oye, no sé como explicártelo, podríamos arreglarnos, de noche, a lo mejor si tuvieras ánimo me sujetarías la lámpara para cavar más rápido, buscando la salida, tener algo en común dijo la anciana mirando por fin al enano, no esas palas y los baldes vacíos y los pedazos de tierra que salimos a ofrecer todas las mañanas, casi sin sentido, cada día más enraizados en los túneles, buscando la luz, mientras el hombre de los azules la sigue esperando, al otro lado: ¡Toc, toc, toc!, la tibieza singular de esos golpes que no duelen tanto, oye, con decirte que casi me parte, te diré el bruto, resoplaba, es lo único que me acuerdo y te traje estas galletitas, agregó mirando las flores de papel, aquel retrato de nadie, sentada precisamente en una baldosa suelta ¿me oyes? si no fueras

tan tímida le hablaría, aunque sólo fuera para que lo probaras una vez, que loca soy, a lo mejor rompen el catre como nos pasó a nosotros m'hija, un escándalo, comer tierra dices tú, y un día no lejano huir de la pensión con la maleta, sin pagar, en brazos de su pequeño galán dejando abandonados para siempre el balde, la pala, la sopa de fideos y, ese teléfono que aúlla como un perro cuidando la casa tan vacía.

LA IMAGEN CATEGÓRICA

LA IMAGEN CATEGORICA

— ¡El candidato que te fuiste a buscar!

— ¡Por qué Cristo dice que no se daba parte?

— No sé yo, pero por culpa de El estamos aquí.

— Yo por mi parte, incómodo, incómodo no estoy
compadre. Pa que le voy a mentir.

— Se le da bien la vida, compadre: el rotito clavado
en la cruz.

— Pior es mascar laucha.

— También es cierto, pero se aburre uno
teniendo las manos amarradas.

— Yo le voy a hablar frágil, compadre. A mi
fijese, me gusta estar clavado en la cruz mirando a
mis otros que han ido mal uno lado sin conocer

—¡El candidato que te fuiste a buscar!

—¿Por qué Cristo dice que no se daba pisto?

—No sé yo, pero por culpa de El estamos aquí.

—Yo por mi parte, incómodo, incómodo no estoy compadre. Pa qué le voy a mentir.

—Se le da bien la vida, compadre: el rotito clavado en la cruz.

—Pior es mascar lauchas.

—También es cierto, pero se aburre uno ¿no? teniendo las manos amarradas.

—Yo le voy a hablar frágil, compadre. A mí, fíjese, me gusta estar clavado en la cruz mirando el mar; otros se han ido pal otro lado sin conocer al

viejo siquiera.

—Pero, ¿sabe qué más? el carpintero la anduvo embarrando.

—¿Porque ni siquiera usó el cincel con nosotros?

—Así fue nomás. ¿Y qué me dice del gallo del medio?

—Se jué por ojo diciendo la pura y la santa verdad. Por eso también salió coliado.

—A toda costa quiso ser candidato cuando con la facilidad que tiene pa el multiplico lo más bien que se podía haber ido de aliviol.

—Me lo anduvieron felpeando tampoco y El muy lirondo oiga, como si le gustara, ¿se da cuenta?

—¿Y se fijó compadre que no dijo ni pío cuando lo empezaron a tachueliar? Ni que hubiera tenido la carne de 3 x 4.

—Es que conoce su oficio de crucifisto. Si se lo ha pasado en eso pues compadre, de mortifico en mortifico.

—Pero murió enredado en el equívoco. ¡Y tanto que le hablamos nosotros! No hubo caso.

—¿El equívoco dice usted? ¿Porque tenía del año que le pidan?

—No compadre, porque era como tonto pa darle cuerda a los muertos. Esa era su gracia.

—Y también le gustaba poner el otro cachete.

—Y eso que era Eufemio, no le gustaba echarse pa atrás. Por eso creo yo que también lo tachueliaron.

—¡Ah! ¡Escuche cómo ruge la gallá! Está celebrando el triunfo de Bernales.

—Chist, ese que ni se sacó los calcetines pa los funerales.

—¡Y pensar que con ese eslogan sacó la primera mayoría!

—Y nosotros haciendo agua y con la sed viva tampoco.

—Eh, Cristo. (pausa) ¡Cristito!...

—Nada. Debe estar esperando a los periodistas p'hablar.

—La está durmiendo, tranquilo el perro.

—Oiga compadre, ¿sabe una cosa? La victoria, el triunfo que le dicen, es puro artificio.

—¿Artificio? y juntimancia p'decir las cosas por su nombri.

—Si “aquí” se jué de piquero. No tenía ni pa parar la propaganda.

—Y pa más recacha, anda a pata pelada.

—¡Y pensar que por usted compadri se entregó a las fieras!

—¿Por mi? Si yo no tengo nada que ver con los cruzados.

—Usted también entró en la colada a lo mejor sin pararla, siquiera.

—N'pues. Ya le dije, a mí que me registren.

—A güena hora; oiga compadre, no grite tanto. Parece que don Jecho está con la paila parada.

—Chist, si el vecino no es nada crucifijado de lujo. Estamos en las mismas condiciones. U sea, cúbite dorsal.

—Pascual.

—Mal que mal, todavía estamos risollando.

—Por eso, porque todavía nos late la cuchara. Eso es lo principal. Cuando el cucharón se para, ¿qué sacamos con irnos de balance?

—La embarramos, compadre. La embarramos.

—No crea. Si robarle a los ricos no es ni venial según mi poca comprensión.

—Por algo los tiras nos amayaron.

—Está hablando chueco, compadre. Hay que reconocerle que caímos en la canasta por olorcistos que somos.

—Usted dice por el perfume propio de cada uno.

—Eso mismo. ¿Se acuerda que le dije: empelótese compadre?

—¿Y qué no me fue viendo cuando quedé con las compañolas al aire?

—Listo, pero se le olvidó enjabonarse antes.

—Usted dice porque los perros se pusieron a ladrar como malos de la cabeza cuando entramos al gallinero.

—A ladrar no, a toser.

—Por el olor a masaje atrasado que llevábamos, dice usted.

—Sí. ¿No ve que con el olor natural los perros mueren ahí nomás, pues compadre?

—¿Por eso sería entonces que despertó todo el vecindario?

—¿Sabe que más compadre? Se plantió el dilema. Dije: si no enjabono como Dios manda, a lo mejor hasta pulmonía me toca y reulé.

—Y aquí estamos ahora sin gallinas, sin plata, sin pega...

—Y más encima nos arrendamos pa hacerle la propaganda a este despelucado. El ojito...

—Lo que pasa es que Don Jecho (lo tengo rochado) no le pega nada a la juarifaifa de la demagogia.

—Todo porque contó la firme, u sea le faltó mandibuleo. Escuche. Parece que está calentando los motores para irse como cohete a la gloria.

—¿Y nosotros, y nosotros?

—Tranquilo, compadre. ¿Cómo sabe si algo tocamos? ¿Y cuál es el apuro? Arriendo no le van a venir a cobrarle. La luz ni el agua tampoco. ¿No ve, no ve?

—¿Usted me dice que me quejo de puro lleno?

—Eso mismo, pues compadre.

2

El oído quedó mucho más cerca del parlante, escuchando el borboteo del locutor anunciando que la policía atrapó al vagabundo dormido bajo el puente.

—Entonces Don Jecho usted nos hace la señal y listo.

—Listo Calixto, pues compadre.

—Y empezamos a tirar desde el segundo piso los baldes con el pescado.

—¿Pescado frito?

—No pues, aturdido, pescado fresquecito, recién salido de las mares. Vivito y coleando.

—Je, Don Jecho. El que sabe sabe. Y entonces la gallada queda con la...

—Y vamos votando...

—No se le vaya a olvidar compadre. Cuando le haga la señal, empieza ni que media lluvia de pescados. ¿Cómo estamos?

Policía examina ropero del vagabundo. Barba

en desbandada, el pelo como si hubiera visto un fantasma cuando cuidadores del orden bajaron hasta su choza papel cartón.

—Es el candidato de los canutos, dijo el verde.

—El que se va de multiplico, dijo el ayudante que venía llegando.

—¿De qué cosa?, interrogó el inspector.

—De cualquier cosa.

—Ahhh, se burló el guardián, abriendo la boca en forma incrédula.

—Vos que tenís un poco de todo, ¿por qué no le pedís el favor?

El candidato avanzó entre la fila de curiosos. Dijo a los reporteros que en un tiempo, para ganarse la vida, había trabajado de hombre-sandwich pero otro más hambriento le pegó el tarascón a la tabla y lo dejaron cesante, porque no pudo reponer el daño.

Se había reunido un número grande de electores. El compadre hizo la señal y pegó el grito: ¡los peces, los peces!, dijo. El ayudante apareció en la ventana— ¿Qué te pasa con los pieces, oh?

—¿Que no tenís lista la lluvia artificial de los congrios?, lo interrogó el socio con disimulo y haciendo bocina con voz baja.

—Chís, si está regüena la fritanga aquí arriba, dijo el irresponsable. Y estamos ladrando de la pura sed.

—Pero acuérdate del compromiso, tarado, gritó el ayudante.

—¿De qué compromiso?, preguntó el compadre con toda inocencia.

—¿Que no te pagan, mata de alcachofa, pa que hagai lloverle el pescado encima de la cabeza de la

muchedumbre?

—Juaaaa. Se me le había olvidado, dijo. Entonces desapareció un momento y luego tiró los congrios que le quedaban, por la ventana. El candidato saludó para todos lados con las manos en alto como si estuviera en el centro del ring. Los curiosos silbaron. ¡Tongo, tongo! gritaron a coro, negándose a recoger los congrios cubiertos de polvo.

—Torpe, le gritó el compadre desde abajo. Faltó la gracia. Si no es lo mismo que tirar manteca al techo. ¿No ve que era un milagro, aturdido?

—Milagro, contestó el compadre, que dejamos algunas presas. Con el hambre que teníamos...

—Después no te quejís, no te quejís, repitió el compadre ordenando que recogieran los pescados para repetir la gracia unas cuadras más adelante.

—Lo que es yo, nunca le seré artista, se reprochó el encargado del milagro. Usted quiere que tire los pescados como si fueran mariposas pa que la gallada quede con la boca abierta, ¿no es eso?

—¡Eso mismo!

—Ah, no; búsquese a otro empresario más fino, entonces—, le dijo el compadre, mientras continuaba cargando el canasto con los pescados hechos puré con los golpes.

En ese mismo instante invadían la caleta los encuestadores desmontándose de sus paracaídas de colores, lápiz en mano. ¿Cómo me la ponen a usted, señora? Ah, dos puntos. Coloque esos dos y otros dos, dijo la afectada, dando detalles cuando fue a dejar a su marido al cementerio y el nuevo galán la montó encima de las cruces entre los pinos y las coronas de los deudos que decían: “Después de esta,

no hay otra", "una no es ninguna", hasta que empezó el desparramo de las rosas y con decirle que hasta el finado parecía dominó, y yo acomodada donde decía RIP, te recordaremos una eternidad, m'hijito, le confesó al encuestador cuando era casta, si no menos casta, sumamente puta, menos puta, nunca por plata eso sí, ¿ah? hay que dejarlo en claro y el difunto, oiga, que había sido el rajado de grande se le ocurrió buscar una virgen para casarse, entonces me eligió a mí, lo que son las cosas de la vida, dijo la encuestada, yo que pasaba muerta de la risa en la fila, nunca le dejé eso sí que me tocara ni con la punta de la uña, sólo insinuaciones, cuando me recomendaron que fuera donde el zurcidor japonés, ¿japonés auténtico?, ¿japonés falsificado? consultó el curioso empezando a sacar las cuentas, imagínese las camionadas de hilo que tuve que comprar, se burló el grosero cuando llegó el cargamento de nylon, después, agregó, el hilo se puede aprovechar de nuevo poniendo una tienda, una paquetería, eso da bastante, cuando sacó la aguja de esas mismas que sirven para coser sacos y yo haciendo memoria, la noche de la boda cuando el marido se bajó los pantalones, ese juego de la vida, señor encuestador, y los niños del barrio, felices, jugando con los cientos de carretes vacíos. Hicieron sus cochecitos para tirarse cerro abajo y el pobre sastre mío, buscando con tanta desesperación, oiga la punta del hilo. Pongamos la carta ¿no? sobre la mesa, ¿qué es lo que promete el candidato, ah?, el osobuco de la vaquilla, algo es algo, los otros se lo llevan ofreciendo la teta de la monja, la cache de la espada y la pata de la mosca, sópleme este ojito y su pescado caído dijo, recordando la hazaña del vagabundo de la barba

postiza, y saque la mano de ahí el cochino, la iracunda, la Patria, Manuel Rodríguez choriflaite, ponga otros cinco metros de chunchules, gritó el chofer del camión tratando de superar la oferta del contrario, ¡Aquí viene el rico pescado, el rico pescado! El compadre parado en una escalera de bombero, esperando la señal oportuna para que Don Jecho abriera las manos dando la bendición y cayera ni que medio aguacero de congrio, corvinilla, pejerrey de río incluso, el comando de la campaña, (yo) había pensado regalar algunos paraguas pero no alcanzaron las fuerzas.

—Tírese más largo con el chunchul, dijo Varela (ese que toma el desayuno con canela) al ver que la competencia se empleaba a fondo.

Ponga cinco metros y cinco más, ordenó mientras los parroquianos se envolvían con la tripa como si fuera abrigo para ir al polo, comentó una vieja dejando sólo un hueco para mirar: el resto puro chunchul, uno más pedigüeño parece que se le pasó la mano porque tiraba y tiraba de la soga, como si los interiores de la vaca no tuvieran fin hasta que le tocó el turno al compadre y dijo: Ahora sí que van a ver lo que es prueba, y dio la señal de atención. Empezó a tirar pescado hecho un poco, oiga. Se notaba que no las había comprado con el gusto que las dejaba caer en la cabeza de los curiosos que se habían arrodillado para agradecer el milagro, claro que más de una gorda ávida de ternura pidió de paso que también le cayera del cielo algún marido, pero me parece que al compadre se le pasó la mano, con decirle que hasta un tiburón como quien no quiere la cosa apareció en medio de la multitud

y Varela, oiga, muerto de la envidia recogiendo los chunchules, después de haber fracasado en la maniobra y el compadre decía: Ahora viene el plato de fondo, y ante la sorpresa de todos los presentes que se habían puesto en fila india para recibir el próximo regalo, ¿qué no va apareciendo un cachalote de regular tamaño, para cada uno de los votantes?, feliz el animal echando su chorrito de agua en colores que decía clarito: "La ballena estaba en conflicto pero ahora vota por Cristo", y las viejas recogiendo ni qué manso cardumen muertas de la risa asegurando que con el cargamento tenían para parar la olla por lo menos todo el invierno.

—Menos mal que esta vez te resultó aguardientoco, le dije al ayudante, mientras Varela entraba en el WC de la Eunuta, mujer de Trúbico, el carpintero. Ni golpeó siquiera el confiancisto y se colocó a mi lado, comentó la favorecida, puja que te puja, los dos, fíjese, íntimos oiga, se le notaba que había nacido pa' prócer por el lado que usted lo mirara, un poco cachetón eso sí, ya no van quedando hombres así, se lo aseguro, y nos fuimos uno y uno, él me hablaba de sus ideales, tomaditos de la mano ¿se da cuenta? menos mal que el pailón de mi marido andaba tomando las medidas para hacerle la cruz a los ladrones, y ahí no más se me declaró Varela, me dijo que era aficionado al asado de cabeza de chanchito con pebre cuchareado, se le notaba, y que no era orgulloso para sus cosas y se ponía colorado con lo que decía tan bueno y visionario, porque una dice: es en el hospital y la cárcel donde se ven los amigos, vote, vote entonces, como Don Jecho era delicado para sus cosas inventamos la historia del cadáver

muerto, porque el Varela se metió a todos los WC y ahí en la cámara oscura se iba de mandibuleo con las viejas y todas chocheando con él, diciendo que era tan original para sus cosas y como siempre manejaba papel de seda en el bolsillo, él mismo en persona con sus propias manos les hacía el servicio, fíjese, sin cobrar un peso extra ¿se da cuenta? hasta qué extremo puede llegar la bondad humana. Al Trúbico jamás se le ha ocurrido una delicadeza igual, fíjese entonces para levantarle la clientela a Varela inventamos la historia ésa en que mi compadre se iba a hacer el cucho, pálido, y entonces el candidato antes de empezar la función tenía que darle la cuerda, el ánimo. ¿De acuerdo? ¿Dónde íbamos a encontrar una pega más fácil? Total era cuestión de sacrificarse un poco.

Don Jecho se detenía un poco en las esquinas repitiendo esa parte de la película del desierto, cuando entró en el templo y se fue de chicoteo con los pudientes que escondían el oro y después le daba el golpe de gracia preguntando: ¿Saben qué más? Y él mismo se contestaba:

—Yo le sé hacer caminar a los muertos.

—Córrete, le gritó un incrédulo de la galería. ¿Ah, sí? tenía que contestarle yo que trabajaba de palo blanco, pa' achacar a los incrédulos. Prepárate pa' ver el primer milagro de tu vida, cara de albón-diga con fleco, le dije. Entonces el compadre se tiró al suelo y dijo: ¡Estoy muerto! Sólo que de vez en cuando se le venía el hipo, pero no importa por ser la primera vez que se presentaba como actor frente al público. Pero como el compadre siempre andaba con la sopaipa pasada y con el calorcito del sol, y

la cháchara de Don Jecho, se fue quedando dormido y cuando el jefato repitió las palabras claves: “Levántate y camina”, nunca, pues.

El compadre roncaba que era un gusto y los curiosos muertos de la risa.

Le pegué una patada por lo bajo y el bruto que no se levanta medio desconcertado, oiga y pregunta: —¿Dónde estoy, quién soy, ah?

—¿Qué no te acordái que soi el muerto?, le digo bajito. Y él, ¿que no se vuelve a acostar? porque tenía sueño atrasado, según dijo para que todo el mundo lo escuchara y cuando se dio cuenta de la maldad que había hecho, ya era tarde y por eso nos clavarón en equipo, con candidato y todo, y también por el robo de las gallinas que se nos chingó.

—Huachi parece que está despertando.

—Claro y pide agüita.

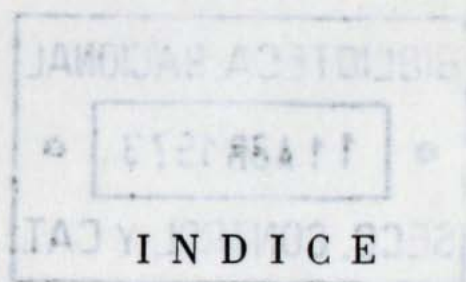
—Agua, agua no. ¿No ve que le puede dar el cordero?

—Fijándose bien, está bien aportillado el pobre.

—Y pensar que por nosotros hizo el manso sacrificio.

—Mejor sería que nos bajáramos de la cruz. ¿Pa' qué le seguimos haciendo el quite a la jeringa?

—Ya pues, Don Jecho. Anímese. ¿O piensa sacar la semana corrida ahí arriba, el perla?



Un vals del adiós	7
El sentimiento que te di	15
Ternura sucesiva	41
Los dos únicos viudos	51
Cupido, Cupido, ¿qué hay detrás del muro?.....	59
La imagen categórica	69